

Introducción: Los interrogantes

No hace mucho escribí que, a mayor progreso científico y técnico, mayor es el descontento de las personas que conforman la humanidad. A mayor bienestar, más insatisfacción, más frustración. «La humanidad —dice Marañón¹—, está angustiada, como en las grandes épocas de su inquietud colectiva. Los hombres siguen su afán de cada día, en apariencia con el mismo entusiasmo, debajo de las mismas banderas, al son de los mismos himnos. Pero en las miradas furtivas con que unos a otros se observan, al avanzar, se lee el mismo juicio unánime: “*no es esto, no; no es esto*”. Hechos llamativos como la delincuencia, la inseguridad, la miseria, la ignorancia, la violencia doméstica y en las aulas, el fracaso escolar, la drogadicción, la desorientación indefensa ante tantas solicitudes contradictorias como al hombre se le ofrecen, la ceguera ante el sentido de la vida, la falta de criterio propio que responda a una adecuada escala de valores, la incapacidad para la vida familiar, el miedo ante la vida, etc., son manifestaciones de la *silenciosa frus-*

1. Marañón, Gregorio (1960): “El pánico del instinto”, en *Tiempo viejo y tiempo nuevo*. 8ª edición. Colección Austral, nº 140. Madrid. Espasa-Calpe, pp. 39-79.

tración personal que se rumia cuando el hombre insatisfecho se encuentra consigo mismo»².

Este confusionismo que hoy campa a sus anchas por todas las partes, crea en los hombres una inseguridad que les lleva a dudar de todo, especialmente en las cuestiones en las que se fundamenta su identidad y su propia existencia. Entre estas cuestiones, seguidamente propongo las cinco que me han parecido más importantes y comunes.

1. ¿Vale la pena vivir?

Vivir felizmente: éste es nuestro mayor deseo. Pero la felicidad está supeditada a la vida: antes que nada hay que vivir. Pero ¿vale la pena vivir?; ¿qué sentido tiene la vida, si es que tiene alguno?; ¿sé de dónde vengo y adonde voy?; ¿por qué y para qué vivo? He aquí otros interrogantes que se nos presentan como fundamento de nuestro existir. Necesitamos conocer el porqué de nuestra existencia, desgranar si una vida plenamente vivida, en todos y cada uno de sus instantes, tanto los que consideramos “buenos o agradables” como los que nos resultan “malos o desagradables”, merece la pena o, por el contrario, es “una pasión inútil”.

2. Pero ¿Dios existe?

Es éste, tal vez, el interrogante que, de una forma más o menos explícita, se formulan una gran parte de las personas al abandonar la niñez. Algunos incluso llegan a decir, o al menos pensar, que,

2. Bernardo Carrasco, José (2019): *Educación sin manipular*. Madrid. Narcea, pp. 15-16.

“si Dios es Padre, se ha lucido: las riquezas están en manos del 10% de la humanidad, mientras el 90% restante lo pasa mal o se muere de hambre; las catástrofes naturales causan mucho dolor; las injusticias son terribles y originan mucho mal; los refugiados de las guerras, las propias guerras (algunas hechas en el mismo nombre de Dios), causan un dolor indescriptible, etc. ¿Y Dios es Padre? ¡Pues se ha lucido!

Otro tipo de personas consideran que no se puede demostrar su existencia utilizando el método científico, que es el único –dicen– que otorga validez a toda la realidad. Argumentan que no se puede creer sin más. Si no lo he visto, ni lo he tocado, ¿cómo puedo creer?

En cualquier caso, lo cierto es que cada vez es mayor el número de personas que se declaran ateos, o agnósticos, o que no practican aunque se declaren miembros de alguna religión.

3. ¿Puedo ser feliz?

Aunque no nos demos cuenta, si examinamos el último motivo por el que hacemos todo, desde el acto más pequeño hasta el más sublime, agudizando nuestra mente al máximo llegamos a descubrir que obedece a la necesidad de felicidad. Es decir que la última razón que nos mueve a actuar consiste en procurarnos la mayor felicidad que nos sea posible. La felicidad es la aspiración más universal que existe. Es como la meta de nuestra vida, la finalidad que justifica nuestra existencia. Y, sin embargo, su consecución parece que se escapa a nuestro empeño una y otra vez, algo así como si fuera una utopía que perseguimos sin terminar de conseguirla, una fantasía que crea nuestra imaginación y a la que nos aferramos o agarramos como hace un náufrago a un madero flotante en el océano, para no ahogarnos en un mundo al que no

terminamos de encontrarle mucho sentido. Vivimos la paradoja de aferrarnos a una vida instalada en un valle de lágrimas.

Por eso uno de los primeros interrogantes que se nos presenta una y otra vez, y al que no siempre sabemos dar respuesta, es: ¿puedo ser feliz? Claro está que este interrogante es tan genérico que resulta difícil darle una respuesta de modo contundente y concreto; porque, de una parte, nadie ha experimentado en ningún momento de su vida una felicidad total, completa, absoluta, acabada, de forma que pueda afirmar que ya no puede ser más feliz porque ha agotado toda su posibilidad; y de otra, tampoco podemos decir que no hayamos tenido momentos felices en los que hayamos gustado la miel que conlleva. Pero estos momentos concretos, ¿nos han proporcionado la felicidad que anhelamos?

4. ¿Qué sabes de ti mismo?

¿Te conoces? ¿Qué sabes de ti mismo? Se trata de conocer la realidad personal de nuestro ser o, mejor, del ser de cada persona concreta. Pero, ¿sabes en qué consiste ser persona? Los términos “naturaleza humana”, “vida humana” o, simplemente, “humanidad”, llegan una y otra vez a nuestros oídos, e incluso los utilizamos al valorar las acciones de determinadas personas y organizaciones concretas. Ahora bien, ¿sabemos en qué consiste nuestra humanidad, la de cada uno de nosotros? ¿Qué podríamos decir sobre lo que es una persona, es decir, sobre lo que nos hace ser personas? Las personas, ¿somos iguales o distintas?; y ¿qué decir del sexo?

5. ¿Y del amor, qué?

Por otra parte, vivimos en el seno de una familia, tenemos amigos, somos hijos y tal vez padres, nos sentimos necesitados de amar

y ser amados. Sin embargo, ¿vemos amor en el mundo?; más aún, ¿somos capaces de amar, o lo que llamamos amor no es más que un modo “políticamente correcto” de enmascarar el egoísmo al que inexorablemente estamos abocados? En consecuencia, ¿solo cabe el amor a sí mismo, entendido como “amor propio”, o es posible amar a los demás sin egoísmos latentes?; ¿podemos amar a Dios, o se trata de una invención que procuramos creérnosla para que actúe como mecanismo de defensa en prevención de nuestros miedos e inseguridades? Yendo aún más lejos, ¿se puede creer en Dios?; ¿existe la verdad, el bien, la belleza?; ¿hay valores objetivos, o cada cual se crea los suyos propios, los que le van bien, los que le convienen?

6. Propósito

He aquí una serie de interrogantes a los que pretendo dar respuesta en este libro. Vaya por delante que estas respuestas constituyen, en última instancia, lo que es el sentido cristiano de la vida, lo cual no significa que no sirvan para una persona no cristiana o no creyente; por el contrario, les vendrán muy bien a todos, son para todos, cristianos o no.

Los cristianos encontrarán, o pueden encontrar, argumentos sólidos que les ayuden a entender y vivir mejor la fe que profesan, pues no es raro que hayan sido las razones “sociológicas” las que hayan determinado su pertenencia a la Iglesia de Cristo, más que su conocimiento reflexivo y meditado de las verdades que contiene, que se erigen en condición previa para que sus prácticas religiosas y toda su conducta no se hagan de modo “rutinario”, sino que les lleve al trato personal con Él que es, en última instancia, el objetivo al que tendemos...

Los no cristianos, o no creyentes, pueden encontrar el sentido real de su propia existencia, la verdad sobre sí mismos, los argu-

mentos que necesitan para vivir una vida plenamente humana, enamorada y feliz, el camino que les conduzca a la fuente que aplaca la sed de trascendencia que toda persona tiene y siente inevitablemente, aunque no lo reconozca.

En última instancia, quisiera hacer ver que *el amor da razón de estos –y de muchos otros– interrogantes*; es como el sustrato que vivifica la vida personal en todas sus manifestaciones y modalidades. El amor tiene mucho –y el todo– que ver con la existencia de Dios, con la vida que hemos recibido y nos hace existir, con lo que somos en tanto personas, con la felicidad que anhelamos; porque el Ser Supremo es el Amor en su esencia pura, que no puede quedarse encerrado en sí mismo, sino que tiene, digamos, la “necesidad” de salir de sí: para llevar a cabo la Creación (del Cosmos, de la vida, de las personas, de todo); para hacerse Hombre y redimirnos de algo malo que Él no había hecho, sino que, por el contrario, se lo habíamos hecho nosotros; para ser felices, razonablemente aquí, en la tierra, y absolutamente después, en el cielo...

Pido a la Virgen, Madre del Amor Hermoso, que nos lleve de su mano en la lectura meditada de este libro, en la seguridad de que atenderá esta petición, como siempre ha hecho con quienes se han dirigido a ella.